EL BOSQUE

DE VALDENMOOR

Una novela de terror

Donde los árboles recuerdan,
los muertos no descansan
y el bosque siempre cobra lo que le pertenece.

Jose Garcia

Para todos los que alguna vez sintieron

que algo los observaba desde la oscuridad del bosque.

Tenían razón.

“El bosque tiene memoria larga y sed profunda.

No entra quien quiere; sale quien el bosque permite.”

— Inscripción en la capilla de Valdenmoor, siglo XIV

PRÓLOGO

El último en salir del Bosque de Valdenmoor fue un pastor llamado Gregor Ulsch, en el otoño de 1987. Lo encontraron tres días después de su desaparición, sentado en el borde del camino forestal, con los ojos abiertos y las manos llenas de tierra negra. No dijo nada. Nunca volvió a decir nada. Los médicos del hospital de Friburgo anotaron en su expediente una sola palabra: estupor. Gregor Ulsch murió cuatro años más tarde sin haber pronunciado una sílaba, pero quienes lo cuidaron aseguraban que todas las noches, exactamente a las tres de la madrugada, se incorporaba en la cama, señalaba hacia la ventana y abría la boca en un grito silencioso.

Nadie entró al Bosque de Valdenmoor durante los dieciséis años siguientes.

Nadie, hasta aquella tarde de octubre en que seis jóvenes aparcaron una furgoneta blanca junto al mojón de piedra que marca el límite del bosque, descargaron sus mochilas entre risas y adentraron sus pasos entre los primeros árboles.

Este es el relato de lo que encontraron allí dentro.

O más bien: de lo que los encontró a ellos.

Capítulo 1

Los Seis

La idea había nacido tres semanas antes, en el piso compartido de Marco y Sasha en Berlín, durante una de esas noches de viernes en que el vino barato fluye con más libertad que el juicio. Marco había extendido sobre la mesa del salón un mapa topográfico de la Selva Negra, señalando con el dedo una zona sombreada al sureste de Friburgo, cerca de la frontera con Suiza.

—Valdenmoor —había dicho, pronunciando las sílabas con esa afectación teatral que irritaba a la mitad del grupo y divertía a la otra mitad—. Cuatro mil hectáreas de bosque primario. Sin caminos señalizados. Sin refugios. Sin cobertura telefónica.

—Sin cobertura es exactamente lo que necesitamos —respondió Elena, que llevaba semanas quejándose de que no había desconectado del trabajo ni un solo día desde enero.

Elena Voss tenía veintinueve años y dirigía el departamento de diseño de una empresa emergente de software en Múnich. Era metódica, práctica, ligeramente obsesiva con los detalles y completamente incapaz de sentarse quieta durante más de diez minutos seguidos. El trabajo la devoraba, y ella se lo permitía porque trabajar era más sencillo que pensar.

Marco Ferretti era el corazón del grupo: italiano de nacimiento, berlinés de adopción, con esa mezcla improbable de carisma fácil y curiosidad genuina que hacía que la gente lo quisiera casi de inmediato. Estudiaba su doctorado en etnobotánica y llevaba dos años investigando las propiedades de las plantas medicinales de los bosques centroeuropeos. Valdenmoor era, para él, algo más que una excursión de fin de semana.

Sasha Kowalski era su compañero de piso y su amigo más antiguo. Polaco, ingeniero informático, taciturno por naturaleza y leal hasta el extremo. Sasha no hablaba mucho, pero cuando lo hacía, valía la pena escucharlo. Tenía el tipo de calma que resulta tranquilizadora hasta que de repente deja de serlo.

Luego estaba Nina Brandt, que había llegado al grupo a través de Elena. Veintiséis años, fotógrafa freelance, con un ojo extraordinario para la luz y una tendencia a documentar cada momento de su vida como si estuviera construyendo un archivo de evidencias para el futuro. Nina llevaba siempre al menos dos cámaras encima y la costumbre de señalar hacia las sombras diciendo:

«Mirad eso. ¿Veis eso?»

Felix Bauer era el más joven del grupo, veinticuatro años recién cumplidos, estudiante de biología en Heidelberg. Rubio, desgarbado, con una sonrisa fácil y el tipo de entusiasmo desbordante que resulta contagioso en pequeñas dosis y agotador en grandes cantidades. Felix era también el más escéptico del grupo: no creía en lo sobrenatural, en las supersticiones ni en «todo ese misticismo de tercera» que, según él, contaminaba la percepción racional del mundo natural.

Y por último estaba Irène Marchand, treinta y dos años, médica de urgencias en Estrasburgo. Francesa, precisa, con una capacidad notable para mantener la calma en situaciones que habrían deshecho a cualquier otro. Irène era también la única del grupo que había escuchado el nombre de Valdenmoor antes de esa noche, aunque en aquel momento prefirió no decir nada.

Seis personas. Una furgoneta. Una tienda de campaña por cabeza y provisiones para cuatro días.

El bosque los estaba esperando.

* * *

Salieron de Berlín un jueves por la mañana, rotando la conducción en tramos de dos horas. Marco puso una lista de reproducción que nadie vetó porque nadie tenía energía para discutir. Felix durmió apoyado contra la ventanilla durante la mayor parte del trayecto. Nina fotografió las autopistas, los peajes, las gasolineras, los carteles en alemán y en francés a medida que se acercaban a Alsacia.

Fue Nina quien tomó la primera fotografía del bosque.

Lo vieron al atardecer, cuando el sol ya se había deslizado detrás de las colinas y el cielo adquiría ese tono entre naranja y morado que precede a la oscuridad. El Bosque de Valdenmoor se extendía ante ellos como una pared sólida, una masa negra y densa que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla. Los árboles —hayas, robles, abetos centenarios— eran tan altos que sus copas desaparecían en la penumbra.

—Es enorme —dijo Sasha, que llevaba callado desde Friburgo.

—Cuatro mil hectáreas —repitió Marco, con una satisfacción que incomodó levemente a todos sin que nadie supiera exactamente por qué.

Irène miró el bosque sin decir nada. Recordó entonces lo que había leído, años atrás, en un artículo sobre etnografía del sur de Alemania: que los habitantes de los pueblos cercanos a

Valdenmoor no llamaban al bosque por su nombre. Lo llamaban simplemente *das Wald*, el bosque, con el artículo definido que en alemán connota singularidad. Como si no existiera ningún otro bosque en el mundo.

Como si todos los demás fueran imitaciones.

Capítulo 2

La Primera Noche

Montaron el campamento justo dentro del límite del bosque, en un claro pequeño pero suficiente, a unos doscientos metros del camino forestal. La tierra era blanda bajo sus pies, cubierta de musgo y hojarasca húmeda que olía a tierra mojada y a algo más antiguo, algo que Elena no supo identificar y que le recordó vagamente al sótano de la casa de sus abuelos en Baviera.

—¿Habéis notado el silencio? —preguntó Nina mientras montaba su tienda.

Todos se detuvieron. Escucharon.

Tenía razón. No había pájaros. No había insectos. No había el crujido habitual de pequeños animales moviéndose entre las raíces. Solo el sonido de su propia respiración y, muy de vez en cuando, el gemido lejano del viento entre las copas de los árboles.

—Es tarde —dijo Felix—. Los animales nocturnos todavía no han salido y los diurnos ya se han retirado. Es perfectamente normal.

—Exacto —confirmó Marco, aunque su voz no tenía la convicción habitual.

Cenaron en torno a una hoguera pequeña, contenida dentro de un círculo de piedras que Marco había construido con esa meticulosidad suya que rozaba lo ceremonial. El fuego era el único punto de luz en varios kilómetros a la redonda: fuera del círculo de su resplandor, el bosque era una oscuridad perfecta, absoluta, del tipo que los habitantes de las ciudades ya no recuerdan que existe.

—Cuéntanos algo del bosque —le dijo Elena a Marco—. Tu investigación. ¿Qué sabes de este lugar?

Marco removió su café instantáneo con una ramita y contempló el fuego antes de responder.

—Valdenmoor es un bosque primario, lo que significa que nunca ha sido talado ni cultivado sistemáticamente. Hay registros escritos de los monasterios de la región que se remontan al siglo XII, y en todos ellos aparece mencionado el bosque de una forma u otra. Siempre de manera lateral, casi de pasada, como si nombrarlo directamente fuera de algún modo imprudente.

—¿Leyendas? —preguntó Nina, con la cámara apoyada en el regazo.

—Algo más que leyendas. Hay una figura recurrente en el folclore local que los aldeanos llaman *der Hüter*: el Guardián. Según la tradición, es una entidad —no exactamente un espíritu ni exactamente un ser físico— que habita en el corazón del bosque y que rige sobre lo que entra y lo que sale. No es un demonio, según las fuentes. No es tampoco un dios. Es algo anterior a esas categorías.

—Anterior —repitió Irène, en voz muy baja.

—Eso dice la documentación. —Marco hizo una pausa—. También hay registros de personas que entraron al bosque y no volvieron. No muchos, pero regulares a lo largo de los siglos. El último caso documentado fue en 1987.

—¿Y entrasteis de todas formas? —dijo Sasha, con su sequedad habitual.

Marco sonrió.

—No creo en el folclore. Creo en la botánica.

Felix se rió. El resto no lo hizo.

* * *

Irène fue la última en meterse en su tienda esa noche. Se quedó sentada junto a las brasas moribundas durante un rato que no supo cuantificar, mirando la oscuridad entre los troncos.

No porque tuviera miedo.

Sino porque tenía la certeza inquietante, irracional y completamente irreprimible de que la oscuridad la estaba mirando a ella.

Encendió la linterna, entró en la tienda y cerró la cremallera con cuidado. Tardó mucho tiempo en dormirse.

A las tres de la madrugada, algo rozó el exterior de su tienda. Un sonido suave, casi cariñoso, como dedos deslizándose sobre la tela. Una vez. Dos veces.

Luego, nada.

Irène no se movió. Contenía la respiración sin ser consciente de ello, con el cuerpo rígido dentro del saco de dormir, los ojos abiertos en la oscuridad interior de la tienda.

Por la mañana, cuando salió al amanecer y examinó el exterior, encontró tres marcas paralelas en la tela. Largas. Profundas. Como garras.

No dijo nada a los demás.

Capítulo 3

Las Marcas en los Árboles

El segundo día amaneció con una niebla densa que borraba los contornos de los árboles y convertía el bosque en una acuarela de grises. A diez metros de distancia, los troncos se volvían siluetas; a veinte, desaparecían. Elena describió aquella niebla como «cómplice», y la palabra resultó tan exacta que nadie la discutió.

Desayunaron deprisa y comenzaron a caminar hacia el interior del bosque. Marco llevaba la brújula y el mapa topográfico. Sasha llevaba el GPS —que, como había previsto Marco, no recibía señal desde que habían entrado al bosque— y Felix llevaba un cuaderno donde anotaba los nombres de las plantas que reconocía. Nina fotografiaba sin parar.

Fue Nina quien encontró los árboles marcados.

Eran hayas de gran porte, de las que parecen tener siglos a juzgar por el grosor de sus troncos plateados. En la corteza de cuatro de ellas, dispuestas en un arco irregular, había marcas talladas. No eran recientes: la madera había cicatrizado alrededor de los cortes, envolviéndolos en pliegues de corteza endurecida, lo que indicaba que las marcas tenían décadas, quizás más.

—¿Qué son? —preguntó Felix, inclinándose para examinarlas.

Marco se acercó despacio. Las marcas eran símbolos. No letras del alfabeto latino ni runas nórdicas, sino algo diferente: figuras angulosas que se repetían con variaciones, como una escritura que aún no había terminado de decidir qué quería ser. Sacó su cuaderno de campo y comenzó a copiarlas.

—No los conozco —dijo finalmente—. Pero el patrón tiene coherencia interna. Esto no es vandalismo aleatorio.

—¿Podría ser algún tipo de señalización antigua? ¿Marcas de propiedad? —sugirió Sasha.

—Podría ser. —Marco trazó la última marca y cerró el cuaderno—. O podría ser otra cosa.

—¿Qué otra cosa? —preguntó Felix.

Marco vaciló un momento.

—Las comunidades rurales medievales usaban a veces sistemas de marcas para delimitar zonas del bosque que consideraban peligrosas. No por razones supersticiosas, sino prácticas: terreno inestable, pozos naturales, plantas tóxicas concentradas. Las marcas eran advertencias.

—¿Advertencias de qué? —insistió Felix.

—De que no convenía seguir adelante.

Silencio. La niebla se movía entre ellos como algo vivo.

—Pero nosotros vamos a seguir adelante —dijo Felix, con una sonrisa que esta vez nadie secundó.

* * *

Dos horas más tarde, Sasha se detuvo en medio de un sendero no marcado en el mapa y miró hacia atrás.

—¿Alguien más tiene la sensación de que llevamos un rato caminando en círculos?

Marco consultó la brújula. Luego la consultó de nuevo. El dial giraba sin encontrar el norte, oscilando entre los puntos cardinales con una indecisión que no tenía explicación geológica simple.

—La brújula falla —anunció.

—Anomalía magnética —dijo Felix de inmediato—. Depósitos de mineral de hierro en el subsuelo. Ocurre en algunos bosques de la región.

—Ya —dijo Sasha—. Pero entonces, ¿por qué el mapa no lo indica?

Nadie respondió.

Elena miró a su alrededor. Los árboles la rodeaban idénticos, intercambiables, una repetición sin fin de troncos y ramas y sombras. Por primera vez desde que habían entrado al bosque, sintió el peso específico de estar perdida: no la excitación adventurera de la desorientación momentánea, sino algo más frío y fundamental, la comprensión de que el espacio que la rodeaba no era neutral. Que tenía intención.

—Deberíamos marcar los árboles —dijo—. Para saber por dónde hemos pasado.

—Buena idea —confirmó Marco, y comenzó a hacer pequeñas muescas en los troncos con su navaja.

Caminaron durante otra hora. Y entonces Felix, que iba en cabeza, se detuvo de golpe.

—Marco —dijo, con una voz que había perdido todo su entusiasmo habitual—. Ven a ver esto.

Se acercaron. Felix señalaba un árbol. Un haya de tronco plateado, con una muesca fresca en la corteza.

La muesca que Marco había hecho hacía exactamente una hora.

Habían caminado en círculo perfecto.

Capítulo 4

Lo Que Encontró Nina

Decidieron acampar antes de que cayera la noche, en el mismo claro de la noche anterior. O al menos eso creyeron: cuando la oscuridad llegó y montaron las tiendas, Marco observó que la disposición de los árboles no coincidía exactamente con el recuerdo que tenía del primer campamento. Los troncos estaban en posiciones levemente diferentes. O quizás no: quizás eran simplemente otros árboles, otro claro, otro lugar que se parecía al anterior como un espejo que no refleja bien.

Nina no cenó esa noche. Se quedó en su tienda revisando las fotografías del día en la pantalla de su cámara.

Las fotografías de los árboles marcados eran nítidas y detalladas. Las de la niebla tenían esa textura difusa, onírica, que ella buscaba cuando trabajaba. Las del sendero entre los hayas eran oscuras pero utilizables.

Pero había otras fotografías.

Fotografías que Nina no recordaba haber tomado.

En total eran once. Estaban intercaladas entre las imágenes que sí reconocía, tomadas aparentemente durante el trayecto de la tarde. En todas ellas aparecía el bosque desde un ángulo bajo, como si la cámara hubiera sido colocada en el suelo apuntando hacia arriba. Los árboles se alzaban en perspectiva, convergiendo hacia un cielo apenas visible entre las copas. Y en cada fotografía, a diferente distancia, en diferentes posiciones entre los troncos, había una figura.

No era humana. O no del todo.

Era alta, muy alta, con proporciones que resultaban difíciles de fijar porque la figura parecía ocupar el espacio de una manera que contradecía la lógica perspectiva: demasiado grande para estar lejos, demasiado pequeña para estar cerca. No tenía rostro discernible. O si lo tenía, la cámara no lo había capturado. Estaba simplemente allí, entre los árboles, en once fotografías distintas, siempre mirando hacia la cámara.

Nina apagó la pantalla.

Encendió la linterna.

La apagó.

Permaneció sentada en la oscuridad de su tienda durante un tiempo que no pudo medir, con la cámara entre las manos, y tomó la decisión de no enseñarle las fotografías a nadie. No todavía. No hasta que pudiera encontrar una explicación racional —una anomalía en el sensor, un problema con el firmware, una falla de la matriz de píxeles que generase artefactos con forma humana.

Pero sabía, con esa parte del cerebro que opera por debajo del lenguaje, que no era eso.

* * *

A la mañana siguiente, Nina amaneció con tierra bajo las uñas.

Tierra negra, del tipo que hay bajo el musgo. No había nada de tierra dentro de la tienda cuando se había metido a dormir. Lo recordaba con certeza porque ella era meticulosa con ese tipo de cosas: sacudía los zapatos antes de entrar, sacudía el forro del saco.

Examinó sus manos durante un largo momento.

Luego las limpió en la hierba y no dijo nada.

Capítulo 5

La Voz de Sasha

El tercer día comenzó con una discusión.

Felix quería seguir adentrándose en el bosque. «Hemos venido hasta aquí», argumentaba. «Volvernos ahora sería una estupidez. La brújula falla en toda la región, ya lo he buscado antes de venir, hay explicación geológica. Las fotografías de Nina son un problema técnico. Todo tiene explicación.»

Irène quería marcharse. No dio razones detalladas. Dijo simplemente: «Tengo una mala sensación» y se quedó callada cuando Felix le señaló que las malas sensaciones no son datos.

Los demás estaban en tierra de nadie.

Al final fue Marco quien decidió: quedarían un día más, explorarían el sector norte según el mapa, y si no encontraban el arroyo que según la cartografía debía cruzar el bosque en esa dirección, daban el viaje por concluido y regresaban.

Irène asintió sin decir nada. Felix sonrió. Nina recargó las baterías de la cámara.

Caminaron durante tres horas hacia el norte, o hacia lo que la brújula de Marco —que había comenzado a dar lecturas ocasionalmente correctas, lo cual resultaba casi más inquietante que cuando fallaba del todo— indicaba como norte.

Fue en esas tres horas cuando Sasha comenzó a escuchar la voz.

* * *

No se lo dijo a nadie de inmediato. Caminaba el último de la fila, como solía, y al principio creyó que era el viento: una modulación del aire entre los troncos que producía sonidos casuales, el tipo de parestesia auditiva que lleva a la gente a creer que oye música en el ruido del agua o conversaciones en el murmullo del tráfico.

Pero el viento no repite los mismos sonidos.

La voz —si era una voz— repetía algo. Sasha no podía distinguir las palabras con claridad. Sonaba como si alguien hablara desde muy lejos, con la voz distorsionada por la distancia y por algo más, algo que Sasha no supo identificar pero que le recordó a la voz de su padre en el teléfono durante los últimos meses de su vida, cuando el tumor ya había avanzado lo suficiente para alterar el habla.

A mediodía, cuando hicieron una pausa para comer, Sasha se apartó del grupo con el pretexto de orinar y se quedó de pie entre dos hayas enormes, escuchando.

La voz estaba más cerca.

Era su nombre. La voz repetía su nombre.

Sasha. Sasha. Sasha.

Pronunciado con un acento que no era alemán ni polaco ni francés, sino algo anterior, algo que Sasha asoció de manera involuntaria con los idiomas muertos que nunca había estudiado pero que alguna vez había escuchado en documentales, el latín, el arameo, el protogermánico.

—¿Estás bien? —Era Marco, que había venido a buscarlo.

—Perfectamente —dijo Sasha.

Esa tarde, sin que los demás se dieran cuenta, Sasha comenzó a alejarse del grupo. Pequeñas desviaciones, pasos que lo llevaban un poco más a la derecha, un poco más entre los árboles, siguiendo la voz.

Irène lo notó. No dijo nada todavía. Pero comenzó a contarlos cada vez que el grupo se detenía. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Seis. Siempre seis.

Por ahora.

Capítulo 6

El Corazón del Bosque

Encontraron el arroyo.

No estaba donde el mapa decía, sino dos kilómetros al este de la posición prevista, lo cual significaba una de dos cosas: o el mapa era incorrecto, o ellos no estaban donde creían estar. Marco optó por lo primero. Los demás, en silencio, optaron por lo segundo.

El arroyo era hermoso de una manera que resultaba casi hiriente: el agua era muy clara, de un color entre verde y plateado, y corría sobre un lecho de piedras blancas. Los helechos que crecían en sus orillas eran de un verde tan intenso que parecían fosforescentes. Marco se arrodilló junto al agua y sacó su cuaderno para anotar algo.

—Aquí debería haber salmónidos —dijo Felix, mirando el agua—. El hábitat es perfecto. Pero no hay nada. El agua está completamente vacía de vida.

—Como el bosque —observó Elena.

—Sí —dijo Felix, y esta vez no ofreció explicación.

Siguieron el cauce del arroyo hacia el norte, pensando que podría conducirlos al límite del bosque. La corriente era tranquila, casi inmóvil en algunos tramos, y el sonido del agua era el único sonido en kilómetros a la redonda.

Fue Irène quien lo vio primero.

En el centro del bosque —o lo que parecía el centro, aunque ninguno de ellos podría haberlo verificado— había una construcción.

No era grande. Era una capilla, o lo que quedaba de ella: cuatro paredes de piedra sin techo, cubiertas de musgo hasta la altura de la cabeza, con un vano rectangular donde alguna vez había habido una puerta. El interior, visible desde la abertura, era un espacio cuadrado de unos cuatro metros de lado. En el suelo había un altar de piedra cubierto de una costra de líquenes negros.

—Dios mío —murmuró Marco.

—¿Cuántos siglos tiene esto? —preguntó Felix, acercándose.

—Medieval. Doce, trece, catorce. —Marco pasó los dedos por las piedras—. Más antigua que los registros escritos que conozco.

—No deberíamos entrar —dijo Irène.

Pero Felix ya estaba dentro.

* * *

El interior olía a piedra mojada y a algo más profundo, más orgánico, que ninguno supo nombrar. Nina levantó la cámara y disparó varias veces. El flash iluminó el espacio en destellos blancos.

En la pared del fondo, detrás del altar, había una inscripción tallada. Las mismas marcas angulosas que habían visto en los árboles, pero más densas aquí, más ordenadas, dispuestas en líneas que iban del suelo al techo.

Marco las copió todas en su cuaderno. Le llevó veinte minutos.

Durante esos veinte minutos, nadie habló.

Fue Felix quien rompió el silencio, y lo que dijo no fue ninguna observación científica sino una pregunta que lo sorprendió a él mismo al pronunciarla.

—¿A quién le pertenecía esto?

—Al bosque —dijo Sasha.

Todos miraron a Sasha. Su voz tenía una calidad diferente: plana, monocorde, como si las palabras llegaran desde muy lejos y él fuera apenas el intermediario.

—Sasha. —Irène dio un paso hacia él—. ¿Estás bien?

Sasha la miró. Parpadeó. Volvió a ser él mismo.

—Sí. No sé por qué he dicho eso.

Elena miró hacia la puerta de la capilla. La oscuridad entre los árboles era ya casi completa: el sol se había hundido sin que ninguno de ellos lo notara.

—Tenemos que volver al campamento.

—¿Sabéis volver? —preguntó Sasha, con aquella voz nueva.

—Sasha —dijo Marco, en voz muy tranquila—. Para.

Sasha parpadeó de nuevo. Sonrió, desconcertado.

—Perdonad. Estoy cansado.

Salieron de la capilla y se adentraron en la oscuridad del bosque.

Capítulo 7

La Noche Sin Fin

Esa noche nadie durmió.

No fue una decisión colectiva: ocurrió de manera natural, como si el bosque hubiera retirado el permiso de dormir. Se quedaron sentados en torno al fuego durante horas, hablando poco, envueltos en el silencio específico del bosque nocturno.

A la una de la mañana, Felix propuso que se fueran. No como una confesión de miedo —Felix no usó esa palabra— sino como una evaluación práctica de la situación: la brújula no funcionaba, el GPS no tenía señal, uno del grupo mostraba síntomas de estrés disociativo, y la relación coste-beneficio del viaje había alcanzado un umbral negativo.

Nadie discutió.

Comenzaron a recoger el campamento a las dos de la mañana, con linternas, trabajando en silencio y con eficiencia. Marco plegó el mapa. Sasha guardó el GPS. Nina desmontó su tienda en cuatro minutos exactos, como si llevara semanas practicando.

A las dos y cuarenta, estaban listos para partir.

—¿En qué dirección está la salida? —preguntó Elena.

Silencio.

Marco miró la brújula. El dial giraba.

—No lo sé —dijo.

El bosque era negro a su alrededor. Sus linternas alcanzaban diez, quizás quince metros. Más allá, nada.

—Caminemos hacia donde hayamos venido —sugirió Irène—. Hacia el sur, aproximadamente. Si el mapa es correcto, el límite del bosque está a menos de cinco kilómetros.

—El mapa no es correcto —dijo Sasha. Con aquella voz otra vez.

—Sasha —dijo Irène, sin alzar el tono—. Voy a pedirte que no vuelvas a hablar de esa manera.

—¿De qué manera? —preguntó Sasha, genuinamente confuso.

—Ya sabes de qué manera.

Caminaron.

* * *

Caminaron durante dos horas sin encontrar el límite del bosque. La vegetación no cambiaba, los árboles no disminuían en tamaño ni en densidad, no había ninguna de las señales que indican la proximidad de un claro o de un camino. Era como caminar dentro de un cilindro infinito.

A las cinco de la mañana, Irène hizo un alto y dijo:

—Necesito deciros algo.

Se sentaron en el suelo mojado. Las linternas formaban un círculo de luz que los encerraba.

—Cuando era estudiante de medicina, participé en una conferencia sobre psicopatología del medio rural. Uno de los ponentes era un psiquiatra de Friburgo que había tratado al pastor Gregor Ulsch, el último hombre conocido en entrar en este bosque y salir con vida. Me contó algo que no está en ningún informe oficial.

—¿Qué te contó? —preguntó Marco.

—Que Ulsch tenía tierra bajo las uñas cuando lo encontraron. —Irène miró a Nina—. Tierra negra.

Nina no dijo nada, pero llevó los dedos inconscientemente hacia sus manos.

—Y que en los últimos meses de su vida, aunque no hablaba, escribía. Siempre lo mismo, en cualquier superficie que tuviera a mano, con los dedos, con cualquier instrumento. Las mismas marcas angulosas.

—Las marcas de los árboles —dijo Felix, en voz muy baja.

—Las marcas de la capilla —confirmó Irène—. El psiquiatra creyó que eran un síntoma. Yo no creo que lo sean.

—¿Qué crees que son? —preguntó Elena.

—Creo que son una respuesta. A algo que le preguntaron. O a algo que le metieron dentro.

El fuego de las linternas. El bosque oscuro. Seis personas sentadas en el suelo de un bosque que no las dejaba marchar.

—¿Qué les preguntaron a él? —preguntó Sasha.

—No lo sé —dijo Irène—. Pero creo que a nosotros nos van a preguntar lo mismo.

Capítulo 8

Lo Que Sasha Sabe

El amanecer llegó como siempre llegan los amaneceres en los lugares donde no se quiere que llegue: despacio, sin convicción, como si la oscuridad no estuviera del todo dispuesta a ceder. La luz que se filtró entre las copas de los árboles era gris y fría, y no mejoró la situación en ningún sentido práctico.

Sasha se levantó antes que los demás. Se alejó unos pasos del grupo —no demasiados, solo los suficientes para estar fuera del radio de visión inmediata— y se quedó de pie ante un árbol, mirándolo.

El árbol lo miraba de vuelta. Eso era lo que sentía: una presencia atenta, fija, concentrada en él con una intensidad que no era ni hostil ni amistosa, sino simplemente total. Como ser observado por algo que no necesita parpadear porque no tiene ojos, que no necesita respirar porque no tiene pulmones.

—¿Qué quieres? —preguntó Sasha, en polaco.

La respuesta llegó en polaco también. No como sonido —no exactamente— sino como comprensión directa, como si las palabras ya estuvieran dentro de su cabeza y el bosque simplemente las hubiera ordenado.

Lleváis tres días comiendo el pan que yo os he dado. Bebiendo el agua de mi arroyo. Durmiendo en mi tierra. Respirando mi aire.

Sasha no contestó.

Todo tiene precio, Sasha. Todo intercambio exige correspondencia.

—¿Qué quieres? —repitió Sasha.

Lo que siempre he querido. Lo que siempre ha entrado aquí voluntariamente y nunca ha salido. Presencia. Permanencia. Uno de los seis.

Sasha se quedó inmóvil.

No tienes que decidir ahora. El bosque es paciente. El bosque ha esperado siglos.

—¿Nos dejarás marchar a los demás?

Al que quede, le doy a cambio el bosque entero. Todo lo que soy. Todo lo que sé. El conocimiento de los siglos.

—No te he preguntado eso.

Los cinco que queden podrán irse. Esta es mi oferta.

Sasha volvió con los demás. Se sentó. Bebió café en silencio.

No dijo nada.

* * *

Pero algo había cambiado en él, y Elena lo notó. Había una quietud nueva en sus movimientos, una serenidad que no era la serenidad habitual de Sasha sino algo más profundo, más definitivo, el tipo de calma que tienen las personas que han tomado una decisión irrevocable.

—Sasha —dijo Elena, sin saber exactamente qué iba a decir a continuación.

—Estoy bien —dijo él, y lo que resultaba perturbador era que sonaba completamente sincero.

Pasaron la mañana intentando encontrar el camino de salida. Marco trazó líneas en el mapa con el lápiz, calculando ángulos, estimando distancias. Felix escaló un árbol para intentar ver por encima de las copas pero no vio nada: solo más copas, en todas las direcciones, hasta el horizonte.

Nina dejó de fotografiar. Llevaba horas sin levantar la cámara, lo cual era tan extraordinario que Irène lo anotó mentalmente como señal de alarma.

—Nina —dijo, acercándose—. ¿Qué ves en esas fotografías?

Nina tardó en responder.

—Algo que no debería estar aquí.

—¿Puedo verlas?

Nina dudó. Luego le tendió la cámara.

Irène las miró una a una, sin expresión. Las once fotografías. La figura entre los árboles, siempre más cerca en cada imagen.

—En la última —dijo—. Está muy cerca.

—Lo sé.

—¿Cuándo tomaste esta última?

—Esta mañana —dijo Nina, con la voz completamente plana—. Mientras dormía.

Capítulo 9

La Oferta

Irène reunió al grupo al mediodía y lo contó todo. Las marcas en su tienda. Las fotografías de Nina. Lo que el psiquiatra de Friburgo le había contado años atrás. No omitió nada.

Cuando terminó, hubo un silencio largo.

—Bien —dijo Felix, y su voz era completamente diferente a la de los días anteriores: sin el entusiasmo, sin la seguridad—. Bien. Entonces necesitamos un plan racional.

—El bosque no es racional —dijo Marco.

—Todo es racional si tienes suficiente información —respondió Felix, pero nadie lo creyó, ni siquiera él.

Sasha no había dicho nada en todo ese tiempo. Estaba sentado con la espalda contra un árbol, las manos sobre las rodillas, mirando el suelo.

—Sasha —dijo Irène—. ¿Hay algo que quieras contarnos?

Una pausa larga.

—Hablé con el bosque —dijo Sasha.

Nadie lo interrumpió. Sasha les explicó, con su concisión característica, la conversación de la mañana. Sin omitir nada: ni la oferta, ni la condición, ni el precio.

Cuando terminó, el silencio duró casi un minuto.

—No —dijo Elena—. Absolutamente no. Nadie se queda.

—Cinco contra uno —dijo Sasha—. No es democracia, es aritmética.

—Sasha —dijo Marco, con la voz tensa—. Escúchame. Lo que estás describiendo no es una decisión que puedas tomar tú solo.

—Es exactamente una decisión que solo puedo tomar yo.

—¿Por qué tú? —preguntó Felix.

Sasha los miró uno a uno.

—Porque el bosque me eligió a mí. Desde el principio. Desde que llegamos. Y porque —hizo una pausa— porque tengo menos razones para irme que vosotros.

El silencio que siguió fue diferente al anterior. Era el silencio específico de las conversaciones que tocan algo verdadero e incómodo.

—Eso no es —comenzó Elena.

—Mi madre murió en enero —dijo Sasha—. No os lo dije. No quería hablar de ello. No tengo familia. Tengo un trabajo que no me gusta y un piso que alquilo y un doctorado que no termino porque no sé para qué sirve. —Miró a Marco—. Tú tienes tu investigación. Elena tiene su empresa. Nina tiene su fotografía. Felix tiene toda su vida por delante. Irène tiene sus pacientes. Yo tengo...

Se interrumpió.

—El bosque me ofrece algo a cambio —dijo finalmente—. Conocimiento. Presencia. Permanencia. El bosque lleva aquí desde antes de que existiéramos. Sabe cosas que nosotros no podemos imaginar.

—Te está mintiendo —dijo Irène.

—Quizás. —Sasha se encogió de hombros—. Pero los vivos también mienten.

Capítulo 10

La Última Noche

Pasaron la tarde intentando convencer a Sasha.

Marco argumentó desde la razón: que lo que Sasha describía era probablemente una manifestación de estrés agudo, de privación de sueño, de la presión psicológica acumulada durante los cuatro días en el bosque. Que lo que creía haber escuchado era una proyección interna, no una comunicación externa.

—Puede ser —dijo Sasha—. Pero si es una proyección interna, entonces el bosque me está ofreciendo exactamente lo que yo quiero. Lo cual es igual de significativo, ¿no?

Elena argumentó desde la amistad: que si algo le pasaba a Sasha, no podría vivir con ello. Que ninguno de ellos podría.

—Podréis —dijo Sasha—. La gente puede con cosas mucho peores.

Felix no argumentó. Se quedó callado, mirando el suelo, y eso fue más elocuente que cualquier argumento.

Irène fue la última en hablar con él. Se sentó a su lado cuando los demás se habían retirado a sus tiendas y permaneció en silencio durante un rato antes de decir:

—He visto morir a personas. En urgencias, he visto cómo se marchan. Y lo que veo en ti ahora no se parece a la decisión de alguien que quiere morir.

—No estoy muriendo —dijo Sasha.

—¿Entonces qué estás haciendo?

Sasha pensó durante un momento.

—Cambiando de estado —dijo.

—Eso es lo que dice la física de la muerte también.

—Sí —reconoció Sasha—. Pero no todas las transformaciones son pérdidas.

Irène se quedó con él hasta medianoche. Luego, cuando Sasha le dijo con suavidad que necesitaba estar solo, se levantó y entró en su tienda.

A las tres de la madrugada, Irène salió.

La tienda de Sasha seguía en su sitio. La cremallera estaba cerrada. Irène la abrió.

Estaba vacía.

En el fondo del saco de dormir, perfectamente ordenadas, había tres cosas: las llaves de la furgoneta, el teléfono móvil de Sasha y una hoja de papel con algo escrito en polaco. Irène no leía polaco, pero reconoció las palabras al final: *Dzi■kuj■. Id■cie.* Gracias. Marchad.

Y debajo, en alemán, para que todos pudieran leerlo:

El bosque me ha dado lo que pedí. Ahora os devuelve a vosotros. Caminad hacia el amanecer. La salida está al este.

Capítulo 11

La Salida

Irène despertó a los demás.

No hubo llanto inmediato: fue ese tipo de impacto que congela en lugar de liberar, que deja el cuerpo funcionando y la mente en suspensión. Marco leyó la nota dos veces. Felix se quedó mirando el saco de dormir vacío. Elena salió de la tienda y miró el bosque a su alrededor, como si Sasha fuera a aparecer entre los árboles.

No apareció.

—Tenemos que buscarle —dijo Elena.

—Irène tiene razón —dijo Marco—. La nota dice que caminemos al este.

—¡No podemos dejar a Sasha aquí!

—Sasha ya tomó su decisión. —La voz de Marco se quebró levemente—. Tenemos que respetar eso.

Recogieron el campamento en silencio absoluto. No desayunaron. Marco guardó la nota de Sasha con cuidado.

Caminaron hacia el este, o hacia lo que Irène estimaba que era el este basándose en la posición del sol naciente, visible apenas entre las copas. El bosque, en aquella mañana, parecía diferente: la luz se filtraba con más facilidad, los árboles parecían menos densos, el camino entre los troncos se abría naturalmente, como si el bosque les estuviera indicando la dirección.

Caminaron durante noventa minutos.

Y entonces Elena vio el mojón de piedra.

Era el mismo mojón junto al que habían aparcado la furgoneta cuatro días antes. Estaban en el borde del bosque. Detrás de ellos, los árboles se extendían hacia la oscuridad interior. Delante, el camino forestal, la carretera, el mundo.

La furgoneta blanca estaba donde la habían dejado.

Ninguno de ellos habló durante un largo rato. Estaban de pie en el límite, entre el bosque y el mundo exterior, y la transición de uno al otro era tan abrupta, tan violenta en su normalidad, que resultaba casi imposible de procesar.

Felix fue el primero en cruzar el mojón. Luego Marco. Luego Nina, que llevaba la cámara colgada sin usarla.

Elena se quedó en el límite, mirando hacia el interior del bosque.

—Sasha —dijo, en voz muy baja.

El bosque no respondió.

Irène le puso una mano en el hombro.

—Ya lo ha decidido.

—Lo sé —dijo Elena.

Se volvió y cruzó el mojón.

Capítulo 12

Después

Condujeron en silencio hasta Friburgo. Eran las nueve de la mañana cuando encontraron un café abierto y pidieron desayuno que nadie terminó. Marco llamó a la policía y denunció la desaparición de Sasha Kowalski en el Bosque de Valdenmoor. El agente que tomó la denuncia fue amable y distante en partes iguales, con la eficiencia tranquila de quien ha tomado denuncias similares antes.

Buscaron durante seis días. Perros de rastreo, equipos de montaña, un helicóptero durante dos jornadas. No encontraron nada. Ninguna huella, ningún rastro, ninguna prenda de ropa. Era como si Sasha Kowalski nunca hubiera entrado en el bosque.

El expediente quedó abierto como «desaparición en zona montañosa». Una categoría que, según el funcionario del registro civil que Marco consultó semanas después, tenía en aquella región una frecuencia estadística de 0,3 casos por decade. Excepto en los años en que alguien entraba al Bosque de Valdenmoor.

* * *

Felix publicó un artículo seis meses después, en una revista académica de biología, sobre las anomalías ecológicas de los bosques primarios de la región de Friburgo. Era un artículo riguroso, bien documentado, completamente libre de cualquier referencia a lo sobrenatural. No mencionaba a Sasha. No mencionaba la capilla. No mencionaba la voz entre los árboles.

Era un buen artículo. Felix nunca estuvo orgulloso de él.

Elena dejó su trabajo cuatro meses después de volver. Se tomó un año sabático y lo pasó viajando por el sur de Europa. Enviaba postales. No del bosque.

Nina no volvió a usar la cámara durante casi un año. Cuando finalmente la cogió de nuevo, la primera fotografía que hizo fue de su propia mano, a la luz de la mañana, perfectamente limpia.

Irène continuó trabajando en urgencias. Continuó siendo precisa, calmada, eficiente. Sus colegas notaron que había algo diferente en ella, una cualidad nueva de atención, como si estuviera escuchando simultáneamente dos conversaciones: la que tenía lugar en la sala de urgencias y otra,

muy lejana, que solo ella podía oír.

Marco guardó el cuaderno con las marcas talladas en una caja y la caja en el fondo de un armario. Durante tres meses no la abrió. Luego, una noche de diciembre, la sacó y pasó varias horas mirando las marcas, copiándolas en papel limpio, comparándolas con sistemas de escritura antiguos que buscó en bases de datos académicas.

No encontró equivalente.

Pero empezó a entender algunas de ellas.

* * *

El año siguiente a su regreso, los cinco recibieron una carta. No tenía remitente. El matasellos era de una oficina de correos de Friburgo que, según la búsqueda que Elena realizó más tarde, llevaba clausurada desde 2001.

La carta era una sola hoja. En ella había marcas angulosas.

Las mismas marcas.

Solo Marco supo leerlas. No se lo dijo a los demás de inmediato. Pasó varios días con la carta en la mano, mirándola, construyendo y deshaciendo decisiones.

Al final llamó a Irène.

—Puedo leer la carta —dijo.

—¿Qué dice?

Una pausa.

—Dice que está bien. Que el bosque es enorme y muy antiguo y lleno de cosas que él nunca hubiera podido imaginar. —Pausa—. Dice que no sufre.

El silencio al otro lado de la línea duró casi un minuto.

—¿Hay algo más? —preguntó Irène.

—Sí —dijo Marco—. Dice que el bosque lleva siglos solo. Que le da las gracias. Y que...

—¿Y que qué?

—Que el bosque tiene memoria larga. Que os recuerda a todos. Que espera.

Irène colgó el teléfono.

Se quedó de pie en el centro de su apartamento, mirando hacia la ventana. Afuera había nieve. El río Ill brillaba entre los tejados.

Se preguntó si alguna vez volvería al bosque.

Se preguntó si la pregunta tenía sentido. Si el bosque estaba esperando desde hacía siglos, unos años más no eran nada.

Un kilómetro al este de la ciudad, entre los últimos árboles del Parque del Rhin, algo crujió.

Y esperó.

EPÍLOGO

Tres años después de los hechos narrados en este libro, una excursionista llamada Hanna Berger, de treinta y un años, entró sola al Bosque de Valdenmoor un lunes de noviembre. La encontraron cuatro días después en el borde del camino forestal, sentada contra el mojón de piedra, con los ojos abiertos.

Tenía tierra negra bajo las uñas.

Nunca volvió a hablar.

Pero todas las noches, a las tres de la madrugada, los enfermeros del hospital de Friburgo la encontraban incorporada en la cama, señalando hacia la ventana, con la boca abierta en un grito silencioso.

El expediente de Sasha Kowalski continúa abierto.

El Bosque de Valdenmoor continúa allí.

Y el bosque continúa esperando.

* * *

FIN

El Bosque de Valdenmoor